

NOTAS CRÍTICAS

América, Europa y otros planetas
A propósito del libro de Vicente Verdú, *El planeta americano*,
Anagrama, Barcelona, 1996

América fue, en su tiempo, un satélite del planeta Europa. Querámoslo o no, el futuro se desplaza hacia los satélites artificiales

Jean Braudillard, *América*.

FERNANDO RODRÍGUEZ GENOVÉS

1. Un fantasma recorre Europa en diversas áreas de la cultura en este fin de siglo: el fantasma del antiamericanismo anticultural. Bien es cierto que como todos los fantasmas, el linaje y el pasado de este espectro se remonta a tiempos remotos, así las relaciones entre una parte poderosa de la intelectualidad y de la política europeas con el continente americano no han dejado de ser borrascosas desde sus inicios. La actitud de unos y otros, no obstante, se ha visto marcada por signos distintos: la perspectiva de aquéllos hacia América se fija con tesón y fascinación, pero está viciada de culpabilidad debido al efecto de la desconfianza, del resentimiento y de la superioridad aristocrática tan típicamente europea con que se sostiene la mirada; desde el otro lado del Atlántico, el vistazo que se nos dirige al Viejo Continente es más bien de soslayo, con una mezcla de indiferencia y desentendimiento. El significado de sus contactos y de sus presencias respectivas revela, por otra parte, diferentes motivaciones: América, como fotograma real o ficticio, representa para el imaginario europeo (y no sólo europeo) tierra de emigración, exilio y fortuna, y a ella viajaban, y siguen marchando, los intelectuales desterrados, perseguidos o simplemente interesados por su prestigio y sus dólares, aunque con una generosidad no siempre recíproca que, en algunos casos, raya con la descarada ingratitud de quienes no corresponden con la ley de la hospitalidad; Europa, como referente de alta cultura y de relicario, simboliza para América ese continente extraño y disperso, ensimismado por la identidad y la diferencia, que se extiende en la lejanía ilocalizable como un cliente protestón, aunque finalmente obediente y fiel, y al que cada cierto tiempo hay que sacar de conflictos bélicos o aprietos económicos al aventurarse por senderos de alto riesgo de los cuales no siempre es capaz de salir solo.

En los últimos tiempos, y en este último año en particular, el intelectualismo antiamericano se ha ido incrementando en intensidad y agresividad, a veces de un modo un tanto aspaventero y desquiciado, que recuerda aquellas divertidas secuencias que recreó en el cine José Luis G. Berlanga en su inolvidable película *¡Bienvenido Mr. Marshall!*, en las que el señor cura se acaloraba con sus soflamas estadísticas acerca del verdadero estado del Imperio del Mal —para replicar los fríos y objetivos datos

de la señorita maestra— o cuando el hidalgo caballero de Villar del Río reprendía a papirotazos, con un discurso patriótico y de ufana alcurnia, el entusiasmo panderetero de los pobres ignorantes del pueblo por ver de aligerar de sus cabezas tanto los sombreros de cartón-farsa como las fantasiosas esperanzas que depositaban en esos llamados “americanos”, que se creen muy ricos y poderosos, pero que no son más que “indios”...

2. No pretendo exhibir aquí y ahora un exhaustivo y agotador muestrario de tal desafección emocional, pero citemos, tan sólo como ejemplos, un movimiento corporativista, un ogro ideológico causante de todos los males de la Tierra (proveniente, claro está, de EEUU) y un libro. Por lo que respecta al primer asunto, llama la atención el entusiasmo gremial de buena parte del llamado “mundo de la cultura” en favor de la denominada “exención cultural” propuesta para los productos europeos con respecto al intratable competidor norteamericano, principalmente en el terreno cinematográfico (ayuda y beneficencia que aprecio algo innecesarias si son ciertas las palabras del crítico de *El País*, Ángel Fernández Santos, aparecidas en un artículo suyo en el suplemento cultural del diario —*Babelia*, 28.12.96—, y donde recapitulaba la situación del cine con esta exultante afirmación: “El gran cine de 1996 es en su mayor parte europeo”), excepción de amparo no sólo para filmes sino también para el teatro de vanguardia, la *baguette* sobaquera o los viñedos responsables de nuestro racial vino peleón (la nómina puede ser interminable y tan pintoresca como las sentidas peticiones de los habitantes de Villar del Río, en la película mencionada anteriormente, cuando se les invita a que soliciten sin apuro todo aquello que se les antoje).

En cuanto al tema ideológico, no hay término que haya concitado últimamente más odio y rencor que la voz “neoliberalismo”. Para ciertos intelectuales su sólo mención evoca la sombra del maligno, el causante de todas las desdichas y malestares en la cultura que sufre nuestro continente, sin olvidarnos del mercantilismo y del “pensamiento único”. Sin referentes justificables provenientes del maltrato ideal comunista, que ya no exporta del Este más que fugas radiactivas, emigrantes hambrientos y conflictos étnicos y nacionales, y expulsados sin misericordia del este del Edén no se resignan a reconocer que éste existe, en el otro lado del mapa, y que sigue atrayendo con más fuerza que nunca con el grito, ya poco pionero pero igualmente ilusionante, de *Go West!* Sin modelo comunista, pues, y con recelo sufriente hacia el modo de vida americano, significativo ignominioso de lo liberal (¿por qué en la reciente historia de España ha cuajado la santa alianza entre lo más conservador y reaccionario de la sociedad y los representantes más puros de la izquierda a la hora de coincidir en su patológica repulsión por todo aquello que suena a liberal, cuando sus breves momentos históricos de pujanza son los únicos que han dejado airear las libertades en nuestro país tan poco acostumbrado a ellas? ¿O será precisamente por este motivo?): ¿qué modelo alternativo nos queda esperar?

A este interrogante intenta responder el libro que he anunciado antes y ahora identifico por su título: *El planeta americano* de Vicente Verdú. Debo confesar que cuando leí este celebrado trabajo (XXIV Premio Anagrama de Ensayo), en el momento de su publicación, quedó en mí una única impresión nítida, aunque supuse insuficiente, sobre su verdadera razón de ser: “¡qué mal debe haberlo pasado Verdú durante sus estancias en EEUU y qué ajuste personal de cuentas más despiadado hacia el país de acogida tan poco gratificante!”. Tan sólo la primera frase de la Introducción al ensayo me daba una pista firme: “Este libro es el resultado de las impresiones de tres años que —¡quién me lo hubiera dicho!— consumí en Estados Unidos” (el subrayado es mío). Pronto debí rechazar esta precipitada conclusión, principalmente porque la consideraba injusta para un escritor al que admiro desde hace muchos años por su agudeza analítica de lo cotidiano (aunque, ay, no se reconocía en su última obra) y por su precisión lingüística (a pesar de que, ay, la elección del verbo “consumir” para referirse a su estancia en América no podía ser un desliz ni una trampa del inconsciente). Me quedaban, pues, serias dudas

respecto a la verdadera intención de su trabajo y una relectura del mismo me ayudó a extraer nuevas conclusiones, aunque —tendré que decirlo ya— no más aprobatorias.

No estoy seguro si su recorrido estadounidense le ha sido de provecho a Verdú, pero desde luego le ha marcado hasta tal punto que incluso su antiamericanismo se expone desde el más genuino sabor americano. En efecto, Verdú tiene la venia para expresar su desprecio hacia “lo americano” (la hospitalidad estadounidense le acogió generosamente, los derechos de expresión escrita e impresión gráfica de su libro le han reportado reconocimiento y beneficios, a pesar de las repulsivas armas del liberalismo y del mercantilismo que tanto abomina, pero eso no importa), pues, después de todo, un ensayo es siempre subjetivo, es decir, sujeto a la personal experiencia del autor sobre las cosas de las que escribe. No obstante, en el libro se advierten unas incoherencias y contradicciones que yo no sé si al autor le preocuparán, pero al lector que esto suscribe sí le produjeron admiración y asombro, y quisiera glosar ahora brevemente.

3. Para empezar, el libro se sustenta sobre un engaño (no estoy seguro de llamarlo malentendido), a saber: su objeto no es, como ha defendido el autor en sus páginas y en su promoción, advertir sobre los peligros que supone exportar a todo el planeta el *american way of life*. El texto es un panfleto incontinente contra EEUU, en su continente y en su contenido, con más afán de libelo que de análisis: habla continuamente de “los americanos” sin mayor precisión ni distinción entre ellos (“Los americanos son una selecta especie de empresarios”, p.170); las costumbres y el modo de vida americano se esbozan con una trivial caricatura (“La hamburguesa es un producto bondadoso e inocente como muchos otros que exporta Estados Unidos y como son, en sustancia, los ciudadanos americanos”, p.164); su simplismo y maniqueísmo a la hora de ofrecer contrastes sobre el comportamiento observado son muchas veces patéticos (“Las más socorridas razones para explicar el alto índice de criminalidad en EEUU podrían reunirse en dos grupos. En un lote se hallan aquellas que cualquier sociólogo encontraría a mano (pobreza, paro, drogas, quiebra familiar, anomia urbana), y en el otro, las genuinamente americanas”, p.74); los tópicos más trillados imposibilitan el menor esfuerzo comprensivo de los comportamientos sociales (“De hecho, Estados Unidos es un país tan antiintelectual como ‘infantil’, concebido y constreñido para un pueblo infantil”, p.115); etcétera.

Pero lo más grave del caso Verdú es que deriva él mismo (quizá sin darse cuenta, cegado por el resentimiento y la furia) en los peores vicios que denuncia de “los americanos”. En el supuesto de que este libro se asemeje a un trasunto de ensayo sociológico sobre la sociedad norteamericana su resultado queda reducido a un relato modelo *Reader's Digest* con todos los requisitos del “más puro y peor estilo americano”. Verdú ha quedado afectado de catastrofismo, no sólo para exponer los peligros de la vida americana, asediada por asesinatos, violaciones, atracos, riesgos de contraer enfermedades (“Las drogas, el alcohol, la depresión, los suicidios, la cadena de violencia, se hallan vinculados. A la altura de 1995 se estima que unos 150.000 alumnos acuden diariamente a clase con armas de fuego”, p. 127), sino también al describir la amenaza de la “marea americana” que nos invade, ya no por medio de un desembarco de Normandía del que no interesa acordarse ahora, sino de una invasión con todas las de la ley, metiéndose en nuestros hogares, nuestro modo de trabajar o de entretenernos. El tono emocional del capítulo del libro, *El amor al miedo*, parece haber seducido hasta tal punto al autor y mimetiza los terrores estadounidenses con tal realismo que casi consigue demostrarnos en su propia paranoia de los efectos por ellos logrados en todo aquél que se ve tocado por la “incultura americana”. En otro momento Verdú califica nada menos que de “guerra civil” la situación en EEUU como resultado de la posesión masiva de armas de fuego. Y llega al paroxismo cuando comienza a ver alucinaciones y tonos amenazadores hasta en las siglas (“La Unión Europea (UE) en bloque parece una denominación que, en espejo, se lee con las iniciales de Estados Unidos”, p. 21).

Otro caso no menos flagrante es el del patriotismo. Que los norteamericanos son patriotas hasta la bandera es algo ya sabido, como que todo modo de patriotismo resulta, en última instancia, de una derivación sublimada de sentimientos religiosos. Ahora bien, decimos *todo modo de patriotismo*, no sólo el americano. No obstante, Verdú se empeña en ofrecer un panorama según el cual la mínima expresión de vivir americano es abominable y todo contraejemplo europeo que se le oponga mostrado como loable (“Los norteamericanos llegaron a América habiendo dejado tras de sí a Europa y sentenciando su degeneración física y moral”, p. 23). Dejando de lado la licencia de Verdú según la cual los padres fundadores de América eran ya norteamericanos antes incluso de pisar el Nuevo Mundo, quedan otros extremos sueltos que merecen anotarse en el registro de reservas pasmosas. Aceptemos resignadamente que Verdú se refiera a los americanos en su conjunto y a América en general como un magma uniforme —cuando más bien esa nación inmensa se caracteriza por ser un mosaico de matices y contrastes, cuya percepción parece habersele escapado al otras veces sagaz observador Verdú—, pero cuando cita Europa y a los europeos, como oposición a aquéllos, ¿qué es lo que pretende significar? Porque si ancha es Castilla mucho más lo es Europa. Verdú denuncia el individualismo americano: ¿no existe individualismo europeo? Verdú compara los valores del calvinismo americano (egoísta e ensimismado) frente al catolicismo europeo (más social y solidario): ¿no existe calvinismo europeo? ¿No es más bien el calvinismo una doctrina nacida en Europa? ¿Se ha convertido Verdú a la causa de la justicia católica y a la obra social de la Iglesia?

4. Ciertamente en EEUU se siente tal pasión por lo cuantitativo y por las cifras que es difícil hallar un estudio, sobre no importa qué tema, en el que no se nos atosigue con datos estadísticos sin freno. Los periódicos y las revistas en este país persiguen hasta la más pequeña pista con tal de ofrecer encuestas y muestras demoscópicas sobre todos los asuntos que les incumben. *El planeta americano* es, en este sentido, un libro también “genuinamente americano”. Verdú no se cansa (pero se olvida que cansa al lector) de descargar una tras otra decenas y decenas de datos estadísticos con el propósito de ilustrar su panorama apocalíptico americano: desde cuánta carne roja ingieren (“Al contrario de la tendencia en los países desarrollados de Europa, el consumo de carne roja se ha incrementado en un 3%...”, p. 94) —para mostrar así lo mal que comen *allí* y lo bien que lo hacemos *aquí*— hasta cuántos niños norteamericanos reconocen al “rey de la hamburguesa” Ronald McDonald (“el 96 % [...], en segundo lugar después de Santa Claus”, p. 57) —para ejemplificar lo mismo— hasta cuántos feligreses pueden acudir a la Calvary Chapel de Filadelfia (“En diciembre de 1994 inauguró su nueva sede con una aforo para 2.200 asistentes y sus fondos se multiplicaron por 10 en los tres años anteriores”, p. 41) —para revelar lo alienados que están religiosamente hablando allí— hasta... en fin, es suficiente, no se me vaya a contagiar a mí también esta salmodia.

Con todo, el aspecto más preocupante del ensayo de Verdú deviene de su chovinismo patriote-ro y comunitarista que confronta América y Europa de modo tan acrítico como fundamentalista, como si todo lo de allí fuera deleznable y todo lo de aquí resultara digno de proteger de la amenaza yanqui y de sus peligrosas influencias. Ese toque a rebato, ese cerrar filas frente a la invasión americana, ese dogmatismo que torna valioso todo aquello que es “propio”, ese Carlomagno y cierra Europa que exhala su discurso, no puede comportar nada bueno, intelectual y culturalmente hablando (“Europa tiene sus cosas, sus pecados por lavar, pero no debe llevarlos a las tintorerías de aquel barrio”, p.12). Identificar globalización y mundialización con americanización no sólo es erróneo sino peligroso, sobre todo cuando se le ofrece como alternativa un patriotismo maniqueo y cicatero, que alimenta y solivianta nacionalismos y tribalismos de todo género, estos sí muy europeos, reales amenazas para la convivencia y progreso del continente. Si algún defecto no tendrá América es el de conocer el nacionalismo, pues en sus conciencias no caben las preocupaciones por la identidad nacional y por la centralidad polí-

ticas. Como se ha señalado en alguna ocasión las influencias europeas hacia América acabaron a inicios del siglo XIX. Yo añadiría que afortunadamente para ellos. En EEUU se podrá ser patriota pero no nacionalista, que son categorías distintas.

El escritor Carlos Fuentes afirmó en cierta ocasión, hablando sobre el impacto de Occidente y de EEUU en particular sobre México y el Tercer Mundo en general, algo así como (cito de memoria): "Que nos dejen vivir nuestra Edad Media en paz". Estas palabras me impresionaron y me alarmaron al mismo tiempo. El odio y la xenofobia no son, como pueda pensarse superficialmente, patrimonio de los países ricos y desarrollados hacia los pobres y atrasados, sino que también se produce el efecto contrario en un nuevo proceso mimético que hay que vigilar. En unos casos hablaremos de arrogancia y prepotencia, en otros de orgullo del pobre y altanería. Ninguna de estas actitudes pertenecen propiamente a la civilización que es lo que importa a la humanidad.

¿Cómo se puede escribir, como se hace en *El planeta americano*, desde una pretendida coherencia intelectual lo siguiente?: "Los modos de vida americanos pueden ser buenos para los americanos —que tampoco lo son ni mucho menos para todos ellos—, pero no han de serlo para los europeos o para el resto del mundo", cuando en la misma página del libro, 167, se había afirmado previamente que "cualquier americano con experiencia europea envidia la vida de los pueblos mediterráneos"... ¿Debemos deducir de estas palabras que el modo de vida mediterráneo (que tampoco es todo el estilo de vivir en Europa) es válido y conveniente para los americanos pero no al contrario? La conclusión del libro queda tan abierta como esta pregunta, si bien se insinúa una idea dudosa: "Abatido el comunismo" y ante el "avance totalizador americano" debe concebirse un "modelo alternativo". ¿Cuál es ese modelo que no se acaba de enunciar? ¿Europa? ¿No nos encontraremos, entonces, ante el riesgo de vivir en un "planeta europeo"?

5. Verdú ha escrito un libro apasionado, tal vez demasiado apasionadamente, y un libro serio, tal vez demasiado sombrío. Los americanos, dice en el mismo, son infantiles y poco rigurosos porque siempre están de broma y riéndose. En esta misma línea de argumento identifica como rasgos característicos del modo de pensar americano la claridad, la simpatía y el antiintelectualismo, y con ello ve confirmado el diagnóstico de su decadencia. Que dichos conceptos se consideren perversamente relacionados dice mucho del tono circunspecto que adopta Verdú a la hora de valorar lo intelectual. En sí misma es una afirmación harto discutible y de dudoso rigor, aunque a fuer de sincera define el particular sentido del humor y del gusto intelectual del ceñudo autor. En realidad, sus expresiones al respecto son más rotundas y concluyentes: "Simplemente: los americanos son no intelectuales", p. 106). Y no lo son, ni lo serán, porque jamás podrán sintonizar con las alturas celestiales de un Bergman, un Resnais o un Antonioni, modelos significados del genuino *saber* europeo. Pero si se toma como único canon intelectual europeo el horizonte que ofrece Verdú con estos ejemplos y con su propio libro no me extraña que los norteamericanos (y no sólo ellos) sientan vértigo sólo de pensar en ser civilizados a tan alto precio cultural. En verdad que no tiene la cosa mucha gracia.

Demasiada seriedad, demasiado prejuicio y demasiada pomposidad para poder entender un país como EEUU, banal, salvaje e hiperreal, pero también tan optimista, vitalista y fascinante como lo sufrió y lo disfrutó Jean Baudrillard durante su estancia en él, según podemos deducir de su lúcido y bello ensayo *América*. Para comprender y criticar un determinado país, y sobre todo uno tan complejo y rico en pormenores como EEUU, hay que asegurarse grandes dosis de tolerancia, modestia y generosidad. O sencillamente seguir el ejemplo de Sigmund Freud: "La presente situación cultural de los Estados Unidos ofrecería una buena oportunidad para estudiar este temible peligro que amenaza a la cultura; pero rehuyo la tentación de abordar la crítica de la cultura norteamericana, pues no quiero despertar la impresión de que pretendo aplicar, a mi vez, métodos americanos" (*El malestar en la cultura*).